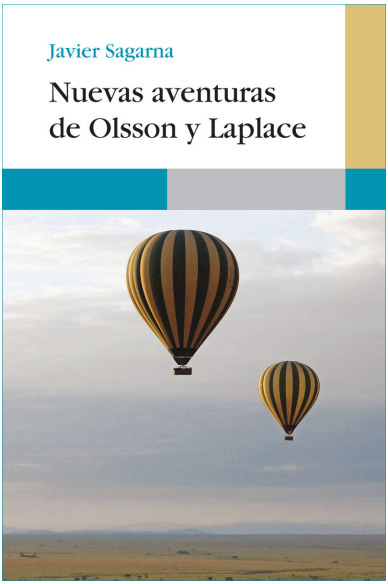
Las nuevas aventuras de Olsson y Laplace

Javier Sagarna



Oasis y serpientes venenosas, estampidas de elefantes, hormigas caníbales y cocodrilos de ojos luminiscentes (sí, ¡salen cocodrilos!), los misterios de las cumbres del Himalaya y el hedor de las más sórdidas alcantarillas, naufragios, piratas, zocos, dinosaurios, islas más o menos desiertas, batallas y paraísos en los que descansar, desiertos, los más desolados desiertos y hasta algún minuto musical. Olsson y Laplace recorren el mundo de la aventura en la más contemporánea de las búsquedas existenciales, la de la identidad.

El autor: Javier Sagarna (Madrid, 1964)

Es licenciado en Farmacia por la Universidad Complutense y dirige la Escuela de Escritores, en la que es profesor. Es presidente de la Asociación Europea de Programas de Escritura Creativa (EACWP) y ha impartido cursos y talleres en el Instituto Cervantes, la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad de Alcalá de Henares, Scuola Holden (Italia) o el Orivesi College of Arts (Finlandia). Colabora en el programa "La Ventana" de la Cadena SER. Es autor de la novela *Mudanzas* (2006) y de la novela infantil *Rafa y la jirafa* (2103). Con Menoscuarto publicó en 2012 el libro de relatos *Ahora tan lejos*.

Las mejores vistas del paraíso

Desde la villa del acantilado, apenas anochecido, el panorama sobre la bahía es deslumbrante.

—¡Riela, luna, surca el mar! —dice el poeta.

—¡Y dale con la luna! —murmura Laplace.

Olsson no se inmuta, no mueve un músculo ahí tendido en la tumbona, como si la belleza del paisaje más que sobrecogerlo, que diría el poeta, lo hubiera anestesiado.

—¡Manto, río de nácar que cae al mar!

—Anda, Magnus, dile que se calle.

Pero Olsson sigue a lo suyo, como absorto, ahí tirado, la vista perdida en algún lugar entre el cielo y las aguas de la bahía sobre las que, dice bien el poeta, riela la luna como si fuera de amianto, iluminando las aguas mansas como las luces del pueblo iluminan las palmeras y los barcos de los pescadores que descansan abajo, en la playa. Al fondo —aunque no parece que sea eso lo que Olsson contempla con tanta atención—, una goleta se recorta en la estela de la luna y se dirige a mar abierto, costeando el islote de las aves.

—¡Bajel que porta la arboladura de mi alma!

—Mira que eres, Magnus, qué te cuesta. Haz que se calle.

Pero Olsson ni le mira, ni a él ni al poeta ni a las bellas mujeres vestidas de gala que vienen y van por la terraza, y cuando el camarero nativo llega con los *gin-tonics* se limita a atrapar el suyo con un golpe de mano, sin apartar ni un segundo la vista del horizonte.

—¡Jugando con las estrellas sobre las ondas del canoso mar!

—Ah, no —se indigna, ahora sí, Laplace—. Ya está bien. ¡Largo! ¡Fuera de aquí! ¡Zape!

Y hace huir al poeta a empellones, sin atender a sus quejas ni a sus melindres.

—*¡Sacré bleu!* —exclama mientras el otro se pierde muy digno entre la gente—, uno tiene sus límites.

Olsson ni le mira. Si asiente es de forma tan sutil que solo Laplace alcanza a apreciarlo. Tiene tiempo, eso sí, de darle un trago pequeño al *gin-tonic*.

—Eres un sieso, Magnus.

—Estoy bien —responde al fin el gigante rubio.

—¿No te animas a un baile? Mira qué mujeres hay en esta isla —insiste Laplace, mientras los ojos se le van tras una hermosura de piel morena que pasa apenas envuelta en un vestido blanco. Sigue el vuelo de la falda, el andar esponjoso de sus largas piernas doradas, hasta que se pierden entre la multitud de gente guapa y adinerada que baila en el gran salón—. Para una vez que nos invitan a algo.

—Ve tú, Philippe, en serio.

Laplace se encoge de hombros y no insiste más. Acaba por marcharse. Se va algo molesto, resentido porque sabe muy bien que, aunque su labia y su *glamour* le abren muchas puertas —no en vano es belga, pero de la misma frontera con Francia—, la planta imponente de Magnus es la llave de muchas más. Sin embargo, el disgusto se le pasa tan pronto como una austriaca pizpireta, hija o nieta del embajador o del agregado cultural (su alemán, ha de reconocerlo, no es gran cosa), le acepta una copa, y después un baile y más tarde algo más, para lo que abandonan la fiesta y se pierden, abrazados, por las calles de la ciudad vieja.

Olsson, por su parte, sigue allí, en la tumbona frente a la bahía, dando pequeños sorbos a un *gin-tonic* cada vez más aguado, hasta mucho después de que la fiesta termina. Con su silencio obstinado ha rechazado la compañía del coronel McMurray, de al menos media docena de bellas mujeres que se le han acercado con una u otra excusa y hasta del mismísimo cónsul de Sildavia. Cuando todo termina y los invitados se marchan en sus Rolls-Royce, en taxis, en *ricksaws* o, simplemente, tambaleándose por las callejuelas, mientras los criados nativos limpian un poco —por encima, que tiempo habrá mañana— y cierran puertas, Olsson permanece tan quieto, tan abstraído en la luna que ahora se oculta tras la cumbre del volcán, tan inasequible a ruegos e indicaciones, que acaban por dejarle allí, tranquilo, en la terraza.

Olsson contempla el despertar de los pescadores y cómo, una a una, sus barcas de un solo palo se hacen a la mar e hinchan las velas, se deja acariciar por la brisa

del amanecer y se deleita en el juego de azules que el cielo pinta en rosa en las aguas de la bahía. Olsson respira, siente el aire entrar dentro de sí. No sabe, no podría explicar por qué, justo esa noche y ante estas vistas, hermosas, sí, pero no mejores que otras que le ha sido dado ver, le ha ocurrido esto. No lo sabe y, desde luego —¡faltaría más!—, no va a ponerse a hacer versos, pero hay un instante, justo antes de que levante su enorme cuerpo de vikingo, lance una última mirada al mar y se vuelva despacio a casa, hay un instante secreto en que Magnus Olsson se siente poeta.